

GUILLERMO BLANCO MARTINEZ, SERIEDAD CRITICA Y HUMOR BLANCO

JUAN A. MASSONE

1. Multiforme escritura

Personalísima y creadora la palabra de Guillermo Blanco Martínez (Talca, 15 de agosto, 1926), vértebra maestra en sus tareas de escritor, periodista y docente universitario. A la oralidad de la última acompañan y trascienden sendas modalidades de una escritura fructífera que en novelas, cuentos y ensayos ha enriquecido la literatura nacional, no menos que a la prensa en inúmeros artículos publicados en revistas y diarios a partir del segundo lustro de los años cuarenta.

Más de veinte libros conforman la producción literaria del autor: catorce obras narrativas y siete ensayos. Mencionamos algunos: *Sólo un hombre y el mar*, cuentos (1947); *Misa de Réquiem*, novela breve (1949); la ya legendaria *Revolución en Chile*, novela humorística escrita en colaboración de Carlos Ruiz Tagle (1962) y firmada con el seudónimo Sillie Utternut; la no menos famosa novela de amor adolescente *Gracia y el forastero* (1964), cuyo argumento sirvió de base a un filme chileno de homónimo título. La lista se incrementa con los libros de cuentos *Cuero de diablo* (1966); *Los borradores de la muerte* (1969) y *Adiós a Ruibarbo* (1973). Paréntesis o diversidad narrativa exhibe la historia escrita para niños *Contando a Chile* (1975).

El escritor cada vez más dueño de oficio y de hondura narrativa que es Blanco se consagra plenamente en la novela *Dulces Chilenos* (1977) así como también en *Libro de buen dolor*, cuentos (1986); en las novelas mayores que son *Camisa limpia* (1989); *Vecina Amable* (1990), y en las más recientes: *En Jauja la megistrú* (1993) y *El Humor brujo* (1996).

Cierto eclipse han sufrido, en relación a los libros anteriores, sus ensayos e investigaciones periodísticas. Recordaremos aquí *El Evangelio de Judas* (1972); su discurso de incorporación a la Academia Chilena de la Lengua, *El hombre en su palabra* (1973); *Los incidentes de Riobamba y Pudahuel vistos por tres diarios chilenos* (1977); *Comunicación social para la paz* (1978); *¿Hacia una nueva cultura?* (1980); y *Eduardo Frei, el hombre de la Patria Joven* (1984).

Paralelamente ha impartido docencia en la Escuela de Periodismo (1960) y en la Facultad de Letras (1974-1975) de la Universidad Católica de Chile; fue Jefe de la carrera de Pedagogía en Castellano (1986-1991) y profesor de Literatura Española en la Universidad Católica Blas Cañas; y desde 1986 hasta el presente ha servido las cátedras de Redacción Periodística y Actualidad Nacional, en nuestra casa de estudios.

Contradiendo, quizás, el dejo tímido de su trato directo, nuestro autor ha trabajado sucesivamente en la dirección de talleres literarios pertenecientes a varias instituciones; en la asesoría de algunas editoriales y de director de comunicaciones en Vicerrectoría de la Pontificia Universidad Católica (1973-1974); también en la jefatura del Departamento de Opinión Pública del Arzobispado de Santiago (1974-1978) y en calidad de investigador en el Instituto Chileno de Estudios Humanísticos (ICHEH), entre 1976 y 1980.

2. Una sencilla invitación

Nada más ajeno a Guillermo Blanco que la pomposidad fatua o el ruidoso exitismo. El escritor y el periodista que le habitan sabe que a lo humano, materia prima de sus quehaceres, corresponde el protagonismo e interés genuino en el desarrollo de esa labor contempladora y complementaria de la vida que es la escritura. Alentado de tal convicción ha nutrido con ella su labor de vigía comprometido con la ventura y fracaso del vivir nacional y foráneo.

No exento de riesgos y premunido siempre de gran entusiasmo, el prolongado lapso en que se ha mantenido vigente confirma los valiosos quilates de sus columnas y justifica la valoración positiva que tantos lectores le profesan. Y aunque casual, como casuales son las puertas en que se inician largos senderos, su vocación explícita de periodista recibió del convite que le hiciera el escritor Alejandro Magnet, el primer impulso. Blanco recuerda que al autor de *La Espada y el Canelo* (1958), "se le ocurrió que podría escribir artículos y, entonces, empecé a colaborar en "La Libertad", órgano del entonces naciente Partido Demócrata Cristiano, a fines de los 50.

Sin embargo, desde mucho antes colaboró en revistas culturales, tales como: "Amargos" (1946-1948); "Estudios" (1952-1956), publicación dirigida por el historiador Jaime Eyzaguirre; "Finis Terrae", de la misma dirección, perteneciente a la Universidad Católica de Chile (1960-1962); en "Mensaje", de la Compañía de Jesús y fundada por el P. Alberto Hurtado Cruchaga, S.J. (1964-1970); en las magazinescas "Ercilla" (1966-1976); "Hoy" (1976-1989), amén de otras más: "Rumbos", "Iglesia de Santiago", "Reflexiones Académicas", "Master", como también en periódicos y diarios de la capital: "La Libertad" (1959); "La Voz" (1960-1965); "La Prensa" (1971) y "La Tercera de la Hora" (1974-1975).

Semejante a muchos otros periodistas, Guillermo Blanco se formó al amparo de su talento ejercitado en una incesante escritura. Confidencia: "Cuando pensé matricularme en los cursos universitarios de periodismo, me llamaron a desempeñar una cátedra". Años después se transformó en periodista colegiado. Y en verdadero maestro columnista.

De inconfundible estilo, además de su nombre ha utilizado muchos seudónimos al firmar las colaboraciones: J.J. Emparanza ("La Libertad"), A. Claro ("La Voz"); Santos Martín ("La Voz" y "Mensaje"), A.I. Baeza ("Amiga").

Por otra parte, la atmósfera creada por su palabra ha recibido ingeniosa y expresiva colaboración en los trazos de Osvaldo Fernández y Fernando Krahn (Ercilla) y de Rufino (Hoy), nombres estos que ya conquistaron un sitio en las artes gráficas chilenas.

Pero no únicamente palabra impresa existe en el desempeño profesional de Guillermo Blanco. Fue miembro del equipo fundador de Televisión Nacional de Chile y Director de Programación (1969-1971) y Director del Instituto Chileno de Educación Cooperativa (1971-1973).

3. Vigía de la intrahistoria

Nadie ignora que la palabra intrahistoria posee patente unamuniana. Fue el autor de *Niebla* quien acuñó el término o le otorgó bríos suficientes con tal de rotular el suceso de entre pliegues o el sabido detrás de bastidores. Pequeña historia de semblante cotidiano que, sobre la base de su recurrencia y falta de espectacularidad, origina los indicios u otorga los síntomas que retratan íntimamente a una comunidad. Intrahistoria quiere decir hábito inveterado que, gota a gota, forma las grandes olas de la epopeya humana expresas en lo colosal y decisivo de algunos acontecimientos. Pulso animoso o lento, la intrahistoria ofrece a quien sabe auscultarla, proyecciones o memorias verdaderamente indispensables en la configuración de una idiosincrasia o del latido de una actualidad que forcejea prolongaciones.

Escenario ubicuo de ese gran teatro del mundo que mentara con lejania y siempre fresca exactitud don Pedro Calderón de la Barca (1600-1681), en la intrahistoria se alinean y oponen los más disímiles caracteres que, a su vez, son pródigas variaciones sobre unos cuantos temas es materia prima riquísima en la comprensión de motivos o de sinrazones de lo que pasa. Y eso que pasa con empecinamiento o insólito desplante hace las veces de marismas en las que el periodista-escritor debe ver lo más auténtico del convivir y del quehacer humanos. Difícil posición: ver claro en el torrente. Su hermenéutica de la "poética del suceso", como diría Félix Schwartzmann, acoge lo externo con ánimo esclarecedor y teniendo como norte comunicable a los demás.

Mas, lo que podría convertirse en asfixiante estrechez de pequeñas y recurrentes fatalidades, el periodista creativo de opinión lo salva en el ejercicio libre de su talento sobre la heterogénea realidad. Los formatos y tonos que, al fin, le identifiquen, constituirán los frutos de una escritura embestida de hechos y urgida de comprensiones sobre aquéllos. Y en tal caso, ¿cómo contemporizar en el escrito la celeridad certera de la inteligencia con la libertad espiritual que es preciso mantener en medio de la turbulenta historia porque no mengüen la lucidez ni la gracia analíticas, como tampoco el compromiso axiológico o estético ceda al enfado o al desdén del actualismo?

He aquí el desafío que se cierne sobre el trabajo del periodismo opinante que también es creativo. Conservar de la variopinta fisonomía de los flujos históricos —o intrahistóricos— aquella seducción que aviva al interés de mostrarlos reveladoramente; pero la cercanía debe sobreponerse a cualquier debilidad obnubiladora. El examen lo rendirá cada vez. Jamás estará seguro de verter la prontitud de su reacción perspicaz en la abreviatura de una columna o de una página. Maliciará un desequilibrio de sus habilidades respecto de las metamorfosis y urdimbres que se le ofrecen cada día. Pero esa misma sospecha de no poder o de no saber interpretar soliviantará ánimo e interés en su renovada compañía de esa actualidad que también guarda lo perdurable.

El sobresaliente aporte de Guillermo Blanco a la prensa nacional reactualizada el valor de la palabra como agente de la más alta vigilia que suele regalar el periodismo de opinión cuando no es alérgico al decir estético. Artículos, apuntes, bocetos numerosos conquistan la distinción de palabra necesaria. Con destacable fluidez y oído de realidad, el esgrimista del idioma y entusiasta de lo humano que es nuestro autor, se aboca sin desmayo a mostrar grandezas y dislates del homo *chilensis* y de la contemporaneidad. Examinador irónico, abastece que le arredre al momento de defender enaltecedoras axiologías.

"Albert Schweitzer, Premio Nobel, hombre famoso nacido hace cien

años, parece a la vez tan importante y tan lejano. Parece que recordarlo ahora —cuando las angustias y los problemas de la humanidad son tantos— fuese algo así como un lujo para especialistas. Se han dado conferencias. Se han escrito artículos, se lo nombra con respeto.

.....

Es curioso el poder de la palabra humana. Esa capacidad que tiene de derrotar al transcurso del tiempo. Hace cien años nacieron otros, que fueron más poderosos que Schweitzer o fueron más ricos o aparecieron más a menudo en las noticias...

Y casi todos han desaparecido, porque no dejaron el rastro vivo de la palabra.

.....

Porque su palabra quema, es peligrosa. Lleva tal carga de sinceridad, de honestidad, está tan ligada a la necesidad de actuar, que para el mundo de hoy suena como reproche.

Y el mundo no ha cambiado mucho desde aquel 23 de febrero de 1919, cuando Schweitzer decía en la iglesia de San Nicolás, en Estrasburgo, que no puede haber moral sin respeto a la vida, que 'ser moral es salir de nuestro egoísmo, negarse a permanecer extraño en el medio que nos rodea, es comprender las experiencias vividas por los demás y compartir sus sufrimientos'.

Agregaba: 'Eso es lo único que nos confiere la calidad de verdaderos hombres'...

.....

¿Son estas palabras para 1919 tan sólo?"

(Respeto a la vida)¹

La cita anterior lleva a considerar las más insistentes preocupaciones expuestas en sus artículos y, aunque incompleto el elenco que sigue, éste regala una idea aproximada de los temas más caros al autor.

A no dudar, la conducta humana es la vértebra maestra. Conducta vista algunas veces risueñamente; otras, en cambio, con gravedad de quien se duele de tanto descalabro. Historia e intrahistoria crean sus vasos comunicantes. Así, el hecho violento, el personaje señero, algunas disposiciones legales que acotan la imprevisible decisión o amordazan indebidamente la indomeñable libertad; aquella sintomatología de nuestras últimas décadas: violencia, estructuras y formalizaciones que no saben esquivar arbitrios y facilidades; los peligros para la convivencia que disemina el poder arbitrario o la ceguera complacida de un mundo divi-

dido en enemigos y vociferados eslóganes, constituyen algunas de las preocupaciones más importantes del testimonio periodístico de Blanco.

No menos visibles, aquellas que sirven de material para el desnudo de situaciones, costumbres, proceder e idioma nacional, verdaderos festines de inteligencia captativa e incisivo humor.

4. Revelador del alma nacional

A base de ligeras descripciones y diálogos supuestos, muchas páginas acercan personajes tipos rotulados con gran comicidad: Pepe Pocacosa, Elmodio Juznapres Boica, Yotepito Komokelo; lo mismo cabe decir de la facilidad inventiva idiomática: lolódromo, huequicráneas, zuecotransportadas, chiclemascante; o de imaginarios monólogos, situaciones y posibilidades en los que explaya defectos, tendencias y porfías conductuales.

Pasa revista a costumbres y modas con tanto acierto que, en virtud de su perspicacia de veedor, extrema la posibilidad especular de una palabra en la cual el pintoresquismo y los apuntes de lo exterior llevan al lector a reconocerse en más de una circunstancia. La modalidad humorística del autor se distancia de lo chocarrero, en cambio recrea la vida, "la vida simplemente", como titulara su página de muchos años en revista *Ercilla*.

Un buen ejemplo es "El Cara Conocida".

"El Cara Conocida es un personaje más o menos habitual dentro de la existencia urbana. Se caracteriza por lo que su nombre indica: a uno le parece haberlo visto alguna vez en alguna parte. Los rasgos, el gesto... Quizás la expresión... El bigote o el no bigote, los anteojos...

Uno lo mira, se rasca la cabeza, trata de acertar.

¿Sería compañero de colegio? ¿El Chocho Gutiérrez, el Orejas de Arpa, el Prístino Escobar? Nooo...

En fino: el proceso termina con una de dos: o la palmada en la frente —casi siempre tarde para saludar como corresponde o para quitar el saludo como corresponde—, o la duda, la terrible duda. Que no es tan terrible si el Cara Conocida se porta decente y sigue de largo.

¡Ah, pero la mayoría de las veces no es así.

La mayoría de las veces el tipo va y se acuerda de uno. Y por si esa fuera poca bellaquería, lo toma de un brazo, lo detiene, le palmea la espalda y lo agrade con cualquier frase de tipo de:

- ¡Hola, viejito, qué tal! Así que trabajas en la Sopapa, me contaron.
- Sí —se defiende uno—, ¿y tú?

– Sigo en lo mismo, mi viejo perro, en lo mismo de antes.

Tú sabes, las cosas...

– Claro. ¿Y qué tal te va?

– Igual. Ni mejor ni peor. Es que en este bendito negocio, entiendes...

Bloque total. El facineroso no afloja. Se pasea de alto a bajo por la vida de su interlocutor. Practica verdaderas fiorituras con la memoria. (¿Quién es, quién es? Número equivocado).

Un desastre.

Pero puede –y hasta suele– ser peor.

Es cuando llega un cómplice. Que le conoce a uno y no conoce al Cara Conocida. Que lo saluda a uno y mira al Cara Conocida esperando que uno haga las presentaciones. Uno mira al Cara Conocida en un último, desgarrador esfuerzo. En vano.

Es el cataclismo.

– Te presento... –dice uno–.

Y tose con toda la dignidad y todo el realismo que encuentra a su alcance. Tose, tose, pero no convence. La impostura quedó al descubier-to. Y la tierra se niega a abrirse.”²

Dos colecciones de artículos recogen parcial y selectivamente sendas muestras de su inteligente mirada de la sociedad chilena. Trátase de *Ahí va esa* (1973) del supuesto autor A.I. Baeza, constituida de colaboraciones aparecidas en revista “Amiga”, y *Placeres Prohibidos* (1976), conformada con materiales de “Ercilla”. Otros volúmenes de naturaleza semejante podrían hacer más patente las virtudes en que los ya mencionados abundan.

Tanto los tonos festivos como aquéllos escritos empapados de severidad denunciadora hablan de una aguda inteligencia que los genera, secundada, eso sí, de valores arraigados en la fe cristiana que coronan sus análisis e ironías y los expresan en palabras directas y seguras, pero libres de refunfuño antipático o de humillantes expresiones al desnudar cerriles mentalidades y torpezas o culpables conductas.

Rasgo sobresaliente de sus artículos que, con seguridad, colabora al dinamismo que el lector recibe sin esfuerzo, corresponde a la colaboración que se le demanda a partir del tú explícito o tácito con que se lo señala realidad y no mera ficción. El lector colabora sobre la base de pertenecer a ese orbe resumido de las páginas. Pero, más que ejercicio intelectual, puede dilatarse la conciencia de su propio mundo, mundo que Blanco sabe desplegar desde lo humano. Así, la sonrisa y el dolor tanto como el peligro y la enmienda atizan reflexiones y modos conjeturales que, de común, muestran invariablemente una inclinación hacia la

vida en la verdad, sin que deba temerse de ella consecuencias de estrecho moralismo ni sesgado entusiasmo por lo auténtico.

Para un avistador como Blanco no le pasa inadvertida esa tensión permanente habida entre tipos humanos tan dispares como necesarios para, mutuamente, resaltarse. Permanentes argumentos de una trama que no desfallece, el artículo "Noticias del futuro" aclara actitudes que la humanidad ve renovarse en cada quien y en toda época.

"El soñador explica, habla, convence. Uno, dos quizá, lo siguen. Les logró contagiar su visión. Es que la percibe con tanta claridad como si la hubiese palpado. Como si viniese de allá. Viene de allá.

Y arrastra.

Y levantan la primera casa construida por el hombre.

Y, claro, poco a poco los prácticos van dejando la caverna y van descubriendo las virtudes de eso que ahora no es una utopía. Porque la tocan. Pobres los que necesitan tocar las utopías para entender que no lo son. Pobres los que sólo y recién a esa hora undécima comprenden que en el sueño había un germen vivo.

Y no, ni entonces lo comprenden.

Lo aceptan, cuando más. Aceptan el producto. Es concreto, ¿no? !Qué mérito incomparable!

Y volverán. Volverán a rechazar al hombre que les trae noticias del futuro. La humanidad se ha movido, las veces que se mueve, gracias a aquellos que ven el horizonte. "Línea imaginaria", dicen los textos con casi audible desprecio. A lo largo de la historia todo progreso nace de una disconformidad con lo actual y un sueño —o sea, una visión; o sea, la virtud de imaginar—, alguna realidad distinta allá en el porvenir.

Pero eso no enseña a los del hoy por hoy, ni a los del hoy por ayer.

Cada vez que los inviten a construir algo en el futuro, sus voces rupestres dirán:

— No.

Dirán:

— No desordene.

Dirán:

— Guárdese sus utopías.

Dirán:

— A trabajar, a lo práctico.

Dirán:

— A ganar plata.

Ese —el desdén— es el salario de los habitantes del futuro. Nadie los contrató para más, y no se quejan. Aunque duela muchas veces. Aunque

la garganta se les cierre de angustia al ver cómo los demás no ven la realidad de esa hermosa línea imaginaria, sin la cual no habría aquí ni un hacia dónde ni un para qué ni nada, nada grande".³

La claridad del texto nos exime de comentarios.

5. Los difíciles tiempos

Descontadas sus colaboraciones en revistas propiamente culturales publicadas desde los años cuarenta, Guillermo Blanco se incorpora al periodismo de opinión desde fines de la siguiente década, cuando ejercía la Presidencia de la República don Jorge Alessandri y la movilización social e ideológica mostraba ímpetus y desasosiegos. En dicho ambiente nacional, permeado de variadas influencias foráneas, el autor encaró nuestro suceder histórico, tanto criollo como internacional, en medio de numerosos riesgos y asechanzas revestidos de obtusos fanatismos y violencias excesivas, pruebas que salvó a punta de claridad mental y limpio examen verbal.

Sin concesiones al panfleto ni a la biliosa diatriba, la palabra de Blanco, especialmente durante los gobiernos de la Unidad Popular y militar, no cejó en su esfuerzo razonador, irónico y de franco malestar cada vez que el espíritu epimeteico buscaba enturbiar las aguas de la convivencia y de lo auténtico.

Sin autoconferirse superioridad ética respecto del lector, pero sin encoger tampoco sus convicciones y apologías del sistema democrático, el lapso de más de tres décadas de colaboraciones semanales en diversos medios de prensa, arroja un saldo de gracia y versatilidad indisputables, pues en su caso, el imaginativo narrador comparte virtudes con el periodista sagaz. Y, a pesar de los difíciles tiempos en que le cupo ejercer la escritura, en sus manos las páginas se conservaron albas, pero jamás quedaron en blanco.

NOTAS

- | | | | |
|---|--|---|--------------------------------|
| 1 | La Tercera de la Hora, 18 enero de 1975. | 2 | Ercilla, 12 de agosto de 1970. |
| | | 3 | Ercilla, 11 junio de 1975 |

JUAN ANTONIO MASSONE

Profesor de castellano. Magíster en letras, mención Literatura. Miembro de la Academia Chilena de la Lengua. Poeta, ensayista, antologador, bibliógrafo y autor de textos de estudios. Profesor de la Facultad de Ciencias de la Comunicación e Información de la Universidad Diego Portales